

SANCHEZ ALBORNOZ, Claudio; VIÑAS, Aurelio: *Lecturas históricas españolas*. 3.^a ed. Ed. Rialp. Madrid. 1981, 482 págs.

Los autores de esta amenísima antología de fragmentos de crónicas, historias, diarios, cartas, memorias, documentos que, por esta misma diversidad, rompen el viejo molde analístico, condenado fatalmente a dar sólo la visión oficiosa y oficial de la historia, son don Claudio Sánchez Albornoz, acaso el más eminente de nuestros historiadores vivos, y don Aurelio Viñas, profesor durante muchos años en París. Ambos han vivido la amargura del exilio, transidos de la añoranza de España, una España como unidad histórica, pese a tirios y troyanos.

Los manuales no permiten conocer «la novela más rica en emociones, más sugestiva en enseñanzas, más variada y más compleja que pueda imaginarse: la que los hombres todos o cada pueblo en su propio solar han ido es-

cribiendo a través de siglos y milenios».

Una de las características de esta antología, reeditada ahora por tercera vez, es la noticia de sucesos representativos o de actividades en su tiempo esenciales para el futuro de España. Y el español es un «pueblo sin memoria y con un atenuado sentido histórico».

Estas «Lecturas» siempre tuvieron gran éxito de lectores. Entre especialistas y estudiantes —como instrumento de trabajo—, y entre el público en general. Cuenta don Claudio que los diarios *madrineños*, al referir el exilio de la familia real española en abril de 1931, dieron noticia de que la Reina Victoria Eugenia tenía esta obra en su mesilla de noche.

Libro irresumible que va desde Numancia, la vida en la corte de Sevilla,

Alfonso X y la Emperatriz de Constantinopla, la primera pérdida de Gibraltar, la codiciada Italia, el mal gobierno de Olivares, los extravíos melancólicos de Fernando VI, la Constitución de Cádiz, Isabelita y Narváez... y cien temas más, hasta la pérdida de los últimos dominios coloniales.

Los autores han amado profundamente a España y fue ese amor el que guió la selección de textos, recomendables a todos los lectores.

Jesús Burillo

EL KORSO, Mohamed y DE EPALZA, Mikel: *Oran et l'ouest algérien au 18ème siècle d'après le rapport Arámburu*, Edition, etude préliminaire, notes et traduction de... Ed. Bibliothèque Nationale, Alger, 1978, 93 págs. —70 págs. (anexos español y árabe)— 1 mapa.

La dominación española sobre una parte del territorio argelino por espacio de tres siglos representa, hasta el momento, una de las parcelas peor conocidas de nuestra historia moderna. Esa circunstancia justifica por sí sola toda aportación sobre el tema, máxime si, como en el caso presente, llega avalada por la solvencia incuestionable de dos conocidos especialistas.

El informe de José de Arámburu, procedente del A.H.N., sección Estado, supera a cuantos se han publicado hasta ahora. Incluso el famoso informe Vallejo, que causó sensación en su tiempo al preconizar —por vez primera en la historia de nuestra proyección africana— tesis abandonistas contrapuestas a sentimientos e intereses considerados entonces incommovibles.

Excepcionalmente en fuentes de este tipo, la publicada por Epalza y El Korsó, lejos de ser una descripción más del presidio de Orán y su antepuerto de Mazalquivir, centra su interés en la extensa región comprendida entre el Chelif y el Muluya, el Mediterráneo y el Sáhara. En una palabra, toda la Argelia occidental, territorio que en un plano teórico configuraba el «hinterland» de ambos enclaves.

Un equívoco afortunado posibilitó el cambio de enfoque a la hora de re-

dactar el texto. En 1741 el gobernador oranés recibió instrucciones para «tasar» los intereses españoles —reales y potenciales— en la región. Arámburu entendió que el Gobierno español proyectaba extender su influencia a una vasta zona. A tal fin procedería a describirla con todo lujo de detalles. Para ello exhumó la documentación disponible, puesta al día y enriquecida con nutrida información de primera mano.

El informe resultante, elaborado de acuerdo con coordenadas de modernidad sorprendente, ofrece hoy el más elevado interés histórico y sociológico. Su primera parte se inicia con una introducción justificativa y el análisis de las fuentes utilizadas. A continuación se hace una exposición de la historia de Orán a partir de la ocupación por Cisneros. Seguidamente se pasa a delimitar la zona de influencia oranesa que, en líneas generales, se hace coincidir con el antiguo reino de Tremecén. Todo el flanco occidental de Argelia. Aunque esta primera parte no pasa de resumen, por cierto muy logrado, de hechos históricos conocidos, resulta imprescindible para la comprensión de los supuestos de orden jurídico-político que inspiran y «justifican» —valga la expresión— la presencia española en el territorio.

La segunda parte del informe ofrece

un interés muy superior. Se trata de una espléndida descripción del oeste argelino a mediados del siglo XVIII. Comarca tras comarca, desfilan ante nosotros, en apretado retablo, una multiplicidad de paisajes, tribus, pueblos, ciudades y aldeas, con expresión de sus géneros de vida, modos de producción, cuantificación y mentalidades. Estas páginas justifican por sí solas la publicación de tan singular fuente y explican el éxito inmediato que el libro ha merecido.

Parte sustantiva del mismo —y no mero anexo— es un magnífico mapa de la región, obra sin duda de don Antonio de Gaver, uno de los grandes ingenieros españoles del XVIII que trabajaron en Orán. Aparece publicado en su totalidad y por secciones provistas de notas aclaratorias. Del impacto suscitado en Argelia por el mapa, auténtico alarde de la ciencia cartográfica del momento, diré tan sólo que el más alto ente cultural argelino ha encomendado al profesor Epalza y al au-

tor de esta reseña la localización, estudio y publicación de cuantos mapas y planos inéditos sobre la Argelia anterior al XIX se hallan dispersos por los archivos españoles. En total cerca de medio millar que, en fecha próxima, aparecerán en los diferentes volúmenes que componen un «Corpus cartographique espagnol de l'Algérie».

El informe Arámburu, en edición bilingüe española y francesa, va precedido de minucioso y bien documentado estudio preliminar, que evidencia en sus autores un conocimiento profundo del Orán hispánico. Hecho, por lo demás, nada sorprendente para quienes venimos siguiendo de cerca la singladura investigadora de Epalza, pródiga en excelentes monografías, publicadas en francés, español y árabe, sobre la Argelia sietecentista.

Varios índices, onomástico, topográfico y analítico, cierran tan sugestiva obra.

Juan Bta. Vilar

DUFF, David: *Eugenia de Montijo y Napoleón III*. Ed. Rialp. 1981, 392 págs.

El que llegaría a ser Napoleón III, como es sabido, era sobrino del gran Napoleón I. Antes de cumplir los seis años se derrumba el Imperio de su tío y tras una vida azorosa en la que cuentan cinco años encarcelado en una fortaleza francesa, gana las elecciones para diputado en varios departamentos para la Asamblea Constituyente, a la caída del Rey Luis Felipe de Orleans y es elegido luego Presidente de la República por aplastante mayoría. Luis Felipe había fomentado la leyenda napoleónica.

Poco después del acceso a la Presidencia, el banquero Rothschild le presenta a la que sería su esposa, la bellísima española Eugenia de Montijo, granadina de madre escocesa; su padre

era el conde de Teba, segundo hijo del conde de Montijo, cuyo título hereda al morir su hermano. La familia de Eugenia, huyendo del cólera y de la guerra civil, se había establecido en París, trabando amistad con los novelistas Mérimée y Stendhal. Paca, hermana de Eugenia, se casa con el duque de Alba y Berwick. No cuajan los primeros enamoramientos de Eugenia.

El Presidente Napoleón, que era muy popular, da un rapidísimo golpe en 1851 ayudado por el Ejército. Días después un plebiscito confirma su período de diez años como Presidente, por siete millones y medio de votos a favor y unos 650.000 negativos. Se decide por Eugenia.

También mediante plebiscito (casi 8

millones de votos a favor y un cuarto de millón en contra) los franceses deciden que su Príncipe-Presidente se convierta en Emperador. El pueblo llano favorecía la candidatura matrimonial de Eugenia: no pertenecía a la realeza derrocada. El «establishment» estaba en contra de la boda con la española. Se casan, en la «boda del siglo», en 1853.

Viaje a Inglaterra. Viaje a París de la Reina Victoria. Eugenia tiene un hijo en 1856. Amorios del Emperador. Nuevos viajes a Inglaterra. Bombas al entrar en la Opera de París. Guerra contra Austria con victorias y anexiones. Disminuyen las energías de Napoleón y crecen las de Eugenia, 18 años menor. Bismark llega a París como embajador de Prusia. Exposición Universal de París en 1867. Hegemonía de Francia en la artes, las ciencias y la industria. Renovación urbanística de París por el arquitecto Haussmann. El emperador Maximiliano es fusilado en México. Progresa la enfermedad de Napoleón y avanza la oposición política. Viaje triunfal de Eugenia a Grecia, Turquía y Egipto para inaugurar el canal de Suez, cuyo proyecto se debía a su primo Lesseps. Nuevo plebiscito

con aplastante mayoría a favor de Napoleón. Derrota de los franceses en 1870 luchando contra Prusia. Revueltas sangrientas en París. Eugenia huye a Inglaterra, donde ya la esperaba su hijo. Napoleón va también a Inglaterra, donde le llega su última hora en 1873. El hijo muere luchando en Africa como oficial del Ejército británico en 1879. Aun le quedaban a Eugenia cuarenta años de vida. Excelente amistad con la Reina Victoria de Inglaterra. Madrina de la nieta de Victoria, que llegaría a ser mujer de Alfonso XIII.

Vuelve a España. Un oculista de Barcelona la opera con éxito a los noventa años. Fallecerá en julio de 1920 en el palacio de Liria, en Madrid, en casa de su hermana la duquesa de Alba.

Libro sin excesivas pretensiones científicas, amenísimo y muy evocador de medio siglo de historia europea y española, por el que desfilan buena parte de los personajes más sobresalientes de Europa en la que Eugenia de Montijo brilla como estrella de primer orden.

J. Burillo

JAREÑO LOPEZ, Jesús: *El «affaire Dreyfus» en España. 1894-1906*. Ed. Godoy. Murcia, 1981, 337 págs. Láms (s.n.).

Muchos fueron los momentos difíciles conocidos por la Tercera República francesa en su agitada y casi centenaria andadura, pero pocos pueden compararse en intensidad, duración y trascendencia al célebre «affaire Dreyfus» (1894-1906) al filo del cambio de siglo.

El asunto es sobradamente conocido. En 1894 el capitán Alfred Dreyfus, judío alsaciano, fue condenado a reclusión perpétua, bajo la acusación de vender secretos militares a Alemania. La revisión de su proceso, una vez

descubierta la falsedad de las pruebas utilizadas, suscitó en el vecino país una grave crisis institucional en la que de una forma u otra se vieron comprometidas la totalidad de las fuerzas políticas francesas. Tanto los sectores conservadores, que pretendían vaciar el sistema de sus contenidos más radicales, como aquellos otros que abogaban por un drástico programa innovador, ideado como arma punitiva más que como instrumento de reforma. La confrontación —no siempre dialéc-

tica— de filosemitas y antisemitas, de laicistas y católicos, de antimilitaristas y nacionalistas, de reformistas y contrarreformistas, con la consiguiente instrumentación de la crisis por cada grupo para sus propios fines, demoró la rehabilitación del infortunado Dreyfus hasta 1906, un año después de que el Bloque Republicano lograra imponerse definitivamente a sus adversarios.

Por encima de sus circunstancias de tiempo y lugar, hoy el «affaire Dreyfus» se nos manifiesta como uno de los más grandes combates en favor del progreso humano. Representa el triunfo de la verdad sobre la razón de estado, éxito que en España hubiera sido inimaginable en esa época, de lo que dan fe ejemplos como los de Montjuit y Alcalá del Valle, donde en el mejor de los casos hubo indulto pero no revisión de causa. En Francia, por el contrario, aunque tampoco hubo completa reparación, la opinión pública rechazó con mayor firmeza la injusticia santificada por la pretendida infalibilidad de los jueces.

El libro de Jesús Jareño ilumina un aspecto del tema especialmente interesante para los españoles. La incidencia del polémico proceso en España, que también aquí movilizó, en una y otra dirección, a lo más granado de la intelectualidad del momento. Desde Galdós, Unamuno y Baroja a Maeztu, Marquina y García Ladevese, pasando por Blasco Ibañez, «Azorín», Morote, A. Machado y Mariano de Cavia.

Jareño nos regala con una excelente selección de textos periodísticos, agrupados cronológicamente, y espigados de entre el superabundante material allegado en el curso de sus pacientes investigaciones en las mejores hemerotecas. Predominan las series madrileñas, en las que aparecen repre-

sentados desde los grandes diarios de información, como «El Globo», «El País», «El Liberal» y el «Heraldo» a periódicos de combate tipificables en las más variadas tendencias, que van desde los órganos de expresión obrera a «La Correspondencia Militar» y «El Siglo Futuro». La prensa de provincias está, a su vez, bien representada con periódicos que cubren un vasto espectro de matices ideológicos. Así «La Ilustración Artística» —Barcelona—, «La Lucha de Clases» —Bilbao—, «La Voz de Guipuzcoa», o los integristas «La Señal de la Victoria» y «La Lectura Popular», estos últimos de Valencia y Orihuela respectivamente.

El libro recensionado nos aproxima, desde perspectivas netamente españolas, a un suceso nuclear en la historia contemporánea del vecino país, que generó la caída de un presidente, devoró varios ministerios, dividió a Francia en dos bloques irreconciliables hasta situarla al borde de la guerra civil, conmovió al mundo entero y, sobre todo, puso de manifiesto el poder de la Prensa —por encima del Parlamento, el Ejército y la Administración— como tribuna pública en la que los intelectuales honestos tendrían por vez primera oportunidad de sacar la verdad a la resplandeciente luz del día, o como diría Unamuno, de ir en busca del sepulcro de don Quijote para desenmascarar a tanto bachiller que por el mundo anda atropellando toda verdad y justicia.

La conveniencia de estudio preliminar más extenso que introduzca al lector en el tema y le explique los criterios seguidos en la selección del material aportado, ausencia subsanada en parte con la inclusión de un breve epílogo, es cuanto pudiéramos objetar a este su generoso y esclarecedor libro, editado con esmero y enriquecido con un cuidado

cuerpo de láminas. Una addenda cronológica y un índice de nombres sim-

plifican su comprensión y manejo.

Juan Bta. Vilar

KINDELAN, Alfredo: *Miscuadernos de guerra*. Ed. Planeta, 1982, 220 págs.

«Mis cuadernos de guerra», propios de un general muy culto y con sentido de la historia, van precedidos de una semblanza político-militar del autor, redactada por uno de sus hijos.

Kindelán logra muy pronto los tres títulos de piloto: de avión, globo y dirigible. Es uno de los más decididos impulsores de la aeronáutica en España. Ascende a general en 1929. Se expatria el 17 de abril de 1931. Trabaja como ingenieros en Suiza, en la casa Saurer que construía camiones y motores de aviación. Regresa a Madrid a finales de 1934. Entra en contacto con Mola y otros generales que prepararon la sublevación. Comenzada la guerra, Franco le nombra Jefe de la Aviación Nacional. Organiza el primer puente aéreo de la historia: Tetuán-Jerez. Muy activo y organizador durante la campaña y decidido partidario del mando único. Algún incidente con Franco durante la guerra. Comienza un distanciamiento gradual después de la misma. Desempeña importantes cargos militares. Intenta organizar a los monárquicos. Depuesto y deportado varias veces. Muere en 1962.

Durante la campaña tomaba notas y sobre ellas redacta este libro que es impreso, levemente censurado, en 1941, pero no circula hasta 1945.

Tiene excepcional valor histórico-militar. Describe muy bien los primeros días de la guerra y varias operaciones militares concretas, en especial la que llama batalla de Gadesa (del Ebro), única en la que combatieron dos ejércitos con medios análogos.

Reconoce caballeramente los aciertos del enemigo.

Señala al final los muchos errores estratégicos y los muchos más tácticos del ejército republicano. Indica asimismo aciertos y errores en el nacional. Y acaba con unas reflexiones sobre la falta de iniciativa en algunos mandos nacionales que podría interpretarse como falta de obediencia, debido al exacerbado individualismo. Afirma que la mayor energía y dureza del mando gubernativo en algunas grandes unidades se explica porque estaba en manos de civiles, no de militares profesionales. Así ha ocurrido otras veces en España y en otros lugares.

J. Burillo